
Cambio político en Japón

Isami Romero Hoshino

En las primeras semanas de abril de 2001, justo cuando iniciaba mis estudios en Japón, uno de los catedráticos de mi universidad me preguntó por qué un mexicano como yo había decidido venir a estudiar a su país. Sin pensarlo demasiado, le contesté que me interesaba mucho la forma en que se había “consolidado” la democracia en el decenio de los cincuenta y cómo se erigió el sistema de partido predominante de la posguerra. Además, le recalqué que las pautas de dominio impuestas por el Partido Liberal Demócrata (PLD) dentro de la arena política japonesa, se asemejaban mucho a la hegemonía que ejerció el “Partido de la Revolución” sobre mi país durante 71 años, por lo que me sentía familiarizado con la política de Japón.

Después de escuchar mi respuesta, hizo una pausa y me dijo: “No sé nada sobre México, pero usted tiene suerte. ¿Sabe? Vino en un momento único, ya que se avecinan vientos de cambio”. Estaba en lo correcto. La situación que prevalecía en esos años en Japón conminaba a una transmutación definitiva. En los albores del siglo XXI, la economía japonesa experimentaba una profunda crisis. La mayoría de los grandes bancos había perdido sus reservas y el gobierno japonés enfrentaba un terrible problema de números rojos en sus finanzas. Además, cientos de empresas se habían ido a la quiebra y miles de japoneses habían perdido sus empleos; las medidas correctivas implementadas por el PLD y sus compañeros de coalición no habían tenido el éxito esperado.

Entonces, para seguir nuestra amena charla le dije: “Tiene razón, son tiempos de cambio, pero para que eso ocurra, es necesario que acontezca una alternancia”. Mi comentario estaba basado en lo que había leído antes de viajar a Japón y en los encabezados que veía en esos días en algunos

medios sensacionalistas, los cuales apuntaban que había llegado la hora del juicio final para el PLD y que en poco tiempo la primera oposición, el Partido Demócrata Japonés (PDJ), tomaría las riendas de la entonces “segunda economía mundial”.

Al oír mi respuesta, él me contestó: “Usted necesita estudiar más sobre la política de mi país. El PDJ es una organización interesante, pero no van a ganar nunca las elecciones generales. La única forma de que se ocurra un cambio profundo en Japón, es que esta transmutación venga desde arriba, como ocurrió en 1868 con la Regeneración Meiji”. Tenía razón de nuevo. Si bien después de las elecciones de la Cámara Baja del 2000 esta fuerza había aumentado su presencia, lo anterior no había sido suficiente para intimidar al PLD. Para vencer a un monstruo de tal magnitud, el PDJ tenía que ganarse la confianza de la tradicional clientela conservadora (los dueños de las grandes emporios, las organizaciones de agricultores y de pequeñas empresas), algo que se veía muy complicado para una organización que se había formado en 1996. Asimismo, para que ésta pudiera consumir la alternancia, tenía que solucionar los problemas de cohesión interna que existían desde su fundación. Dentro del PDJ convivían grupos demasiado antagónicos: ex peledistas que se había escindido en 1993; neoconservadores que apoyaban una reforma constitucional; ex socialistas que estaban en contra de cualquier modificación a la “constitución pacifista”; miembros de sindicatos laborales que abogaban sólo por los intereses de sus organizaciones; y liberales que buscaban implementar reformas que permitieran mayores derechos a los extranjeros y a los grupos minoritarios.

La charla terminó ahí y, curiosamente, tres semanas después sucedió lo que él había vaticinado (después me confesaría que ni él mismo había contemplado que ocurriese un cambio tan inmediato). Pero, ¿qué fue lo que aconteció? La cúpula peledista consideró que ya era imposible seguir apoyando a la incompetente gestión del primer ministro Yoshiro Mori (2000-2001) y convocó a una elección presidencial extraordinaria para elegir a un nuevo líder. En un inicio la mayoría de los diarios indicaron que el ex primer ministro Ryutaro Hashimoto iba ser el ganador, pero el triunfador resultó otro: un lobo solitario llamado Jun'ichiro Koizumi, quien a la postre se convertiría en uno de los gobernantes más populares de la historia de la posguerra.

Ahora, ¿qué había hecho tan atractivo a este hombre? Lo que a muchos japoneses agradaba era su físico y peinado ondulado, poco usual en un político de su talla, pero también los conmovieron sus discursos tan espontáneos y el eslogan que manifestó después de asumir el poder: “¡Si mi partido no acepta mis reformas (neoliberales), lo destruiré!” Muchos japoneses no estaban tan convencidos de sus palabras, pero sí se encontraban hartos del estilo que había impreso el largo gobierno del PLD. Por lo tanto, vieron con simpatías las amenazas de Koizumi.

Cabe destacar que su popularidad hizo que muchos analistas nacionales e internacionales lo vieran como un populista de derecha, mientras que otros lo comenzaran a comparar con Shigeru Yoshida, el legendario mandatario conservador que dirigió las riendas de esta nación asiática durante la ocupación estadounidense (1945-1952) y estableció las pautas para la recuperación económica de Japón, así como su regreso al sistema internacional bajo una alianza militar con Estados Unidos. Una comparación exagerada: probablemente nadie podrá superar su legado. Empero, esta equiparación demostraba la gran fuerza que había impreso en esos años Koizumi en la mente de los japoneses.

Todo indicaba, entonces, que el cambio venía desde arriba y no por el lado de la oposición, tal y como me lo había subrayado aquel profesor. Sin embargo, no se podía desdeñar su existencia. Habían, sin duda, algunos elementos que hacían atractivo al PDJ. Su líder, Yukio Hatoyama, era miembro de una de las familias políticas más importantes de la posguerra. En especial, su abuelo había sido un líder excepcional: en 1954, Ichiro Hatoyama logró arrebatarse el poder a Shigeru Yoshida y, bajo su gobierno, Japón restableció las relaciones diplomáticas con la URSS –lo en que en esos momentos parecía imposible debido a la negativa de Estados Unidos–, y consiguió la incorporación de su país a las Naciones Unidas.

De este modo, si Yukio tenía las cualidades de su abuelo, el PDJ podía hacer historia. Empero, en los meses subsecuentes la presencia de Hatoyama en los medios desapareció y todos los reflectores fueron acaparados por Koizumi, quien intensificó sus reformas neoliberales, en especial la privatización del servicio postal. Finalmente, en diciembre de 2002, después de una dolorosa derrota en una elección local y tras un fallido intento de fusionar al PDJ con el Partido Liberal (organización conservadora escindida del

PLD en 1993), Hatoyama renunció, dejándole el puesto al líder de la facción liberal, Naoto Kan.

Lo anterior dejó a la deriva a la primera oposición, por lo que Kan emprendió dos estrategias. Una fue emular el estilo del Partido Laborista británico y proclamar un manifiesto electoral que delineara tanto la dirección estratégica como el bosquejo de una legislación futura en caso de ganar las elecciones generales; la otra fue buscar nuevos aliados, en especial replantear un nuevo acercamiento con el Partido Liberal, algo en lo que Hatoyama había fracasado. Finalmente, a pesar de la negativa de las facciones ex socialistas, en septiembre de 2003 Kan y el presidente del Partido Liberal, Ichiro Ozawa, firmaron un acuerdo que fusionaría a las dos organizaciones. Lo anterior fortaleció al grupo político, pero lo tornó más conservador. En la cuestión económica, el PDJ comenzó a analizar seriamente el aumento de los impuestos y establecer una política de corte neoliberal.

De este modo, los demócratas lograron aumentar su presencia en la Dieta y en los comicios generales de 2003 ampliaron sus escaños en la Cámara Baja, pero no pudieron revertir en ningún momento la balanza del poder que había dentro de la arena política. Posteriormente, en mayo de 2004, debido a sus errores políticos, Kan renuncia y el joven conservador Katsuya Okada asumió la presidencia del partido. El nuevo líder buscó establecer una mayor crítica hacia Koizumi, logrando un avance sustancial en los comicios de la Cámara Alta de 2004, pero en las elecciones generales de 2005 el avance electoral que había mantenido el partido desde 1996 llegó a su fin.

El PLD, junto con su compañero de coalición, el Partido del Gobierno Limpio (Komeito), triunfaron en las elecciones y obtuvieron casi las dos terceras partes de la Cámara Baja, mientras que PDJ conseguiría tan sólo 115 curules (23.95 por ciento). Una diferencia abismal para un sistema parlamentario democrático como el japonés. Okada no tuvo otra opción que renunciar y todo indicaba, entonces, que los demócratas estaban condenados a ser una “oposición ceremonial” como le sucedió al Partido Socialista Japonés (PSJ) durante toda la Guerra Fría. Este partido mantuvo siempre más del 33 por ciento de los escaños en las elecciones generales, impidiéndole al PLD reformar la Constitución japonesa que proscribe el derecho de beligerancia, pero jamás pudo obtener la mayoría.

Sin embargo, el PDJ resultó ser un “hueso difícil de roer”. A pesar de las grandes desventajas que enfrentaban, los demócratas comprendieron que no se podía seguir con una directriz neoliberal y que era necesario diferenciarse del PLD, apoyando la intervención del Estado en la economía y fortaleciendo el estéril sistema de estado de bienestar. Esta situación se reforzó con mayores bríos cuando Ichiro Ozawa sustituyó al inexperto Seiji Maehara en la presidencia del partido en abril de 2006. El nuevo líder utilizó toda la experiencia adquirida en sus años como peledista y buscó emular la maquinaria electoral de su antiguo partido, acercándose a la clientela conservadora que en esos años sufría los estragos de la larga recesión.

Aunado a lo anterior, la debacle que comenzó a experimentar el PLD, después de la renuncia de Koizumi, resultaría fundamental para el resurgimiento de los demócratas. En septiembre de 2006, el popular lobo solitario dejó voluntariamente el poder y otro renombrado joven conservador, Shinzo Abe, asumió el poder. El nieto de Kishi Nobusuke (primer ministro durante los últimos años de la década de los cincuenta) era el heredero de un proyecto nacionalista que buscaba cambiar no sólo la “constitución pacifista”, sino también el lugar de Japón en el área Asia-Pacífico. Así, aprovechando que tenía una grotesca mayoría, alistó los preparativos para poder reformar la cláusula pacifista de la Constitución japonesa. Empero, en el manejo de la economía Abe demostró muchas carencias. Su gobierno perdió la brújula cuando salió a la luz pública que los datos de los fondos de retiro de millones de japoneses se habían perdido por la negligencia de los funcionarios del gobierno. De inmediato, la popularidad de Abe decreció y en las elecciones de la Cámara Alta de julio de 2007, el PLD perdió la mayoría y la oposición comanda por el PDJ logró el control de este cuerpo legislativo, generándose una situación de gobierno dividido.

A pesar de este descalabro, no dejó su cargo de inmediato y manifestó su intención de seguir en el gobierno, pero en septiembre de 2007, aludiendo a problemas de salud, anunció su retiro. Todo indicaba la cercanía de nuevas elecciones generales. Pero el longevo Yasuo Fukuda (hijo de Takeo Fukuda, primer ministro que gobernó en la segunda mitad de los años setenta), quien sustituyó a Abe en el poder, se negó a disolver la Cámara Baja y convocar a nuevos comicios. Lo anterior incrementó las tensiones entre la oposición y la coalición gobernante y muchas iniciativas de

ley se estancaron. Finalmente, en agosto de 2008, sin poder hacer nada, Fukuda renunció, dejándole las riendas al popular Aso Taro, nieto de Shigeru Yoshida.

Los principales medios impresos consideraron que al PLD no le quedaba otra opción: tenía que aprovechar la popularidad de Aso y su capital político convocando a elecciones anticipadas, pero al asumir el poder, el nuevo mandatario señaló que no lo haría y que su gobierno se concentraría en solventar la crisis económica en que estaba sumergido Japón debido a la quiebra de la compañía global de servicios financieros estadounidense Lehman Brothers. Sin embargo, Aso mostró una política titubeante y lo anterior generó un aumento del sentimiento antipledista, en especial dentro de la tradicional clientela del PLD, la cual comenzó a depositar sus esperanzas en los demócratas.

De este modo, al inicio de 2009, los sondeos de los principales periódicos japoneses señalaron que la ciudadanía votaría en los próximos comicios por el PDJ, indicando que se avecinaba un cambio histórico. Pero en marzo, uno de los hombres más cercanos de Ichiro Ozawa fue arrestado por un presunto caso de corrupción. Lo anterior trajo una disminución del apoyo hacia los demócratas y, sin más remedio, en mayo del mismo año Ozawa renunció, dejándole el mando del partido a Yukio Hatoyama: esto permitió sobrepasar la crisis.

Finalmente, en los comicios del 30 de agosto de 2009, Hatoyama venció a Aso. Curiosamente se volvía a repetir la historia de 1954, cuando Ichiro Hatoyama obligó a renunciar a Shigeru Yoshida. Además, los demócratas triplicaron su presencia, consiguiendo 308 diputaciones (64.16 por ciento), mientras que los conservadores alcanzaron sólo 119 (24.8 por ciento) y el Komeito casi desapareció. Asimismo, era la primera vez en la historia de Japón que un partido de oposición le arrebatara el poder a un partido en el poder por medio de una elección democrática.

La pregunta obligatoria, entonces, es: ¿hubo realmente un cambio después de los comicios? Considerando quiénes fueron los actores principales de la alternancia –Hatoyama y Aso–, podemos decir que no. Además, muchos japoneses votaron por el PDJ no porque sus propuestas políticas hayan sido atractivas o porque Hatoyama fuera un tipo carismático: lo hicieron porque estaban hartos de los errores políticos que había cometido el PLD du-

rante muchos años. Es por ello que este voto de castigo se le podría revertir a los demócratas en cualquier momento. Sin embargo, a pesar de lo anterior, nadie puede negar que las elecciones de 2009 representan un punto de inflexión dentro de la historia contemporánea japonesa.

¿Qué le depara el futuro a la política japonesa? ¿Qué diría ahora aquel profesor con quien hablé hace ocho años? No he tenido tiempo de charlar con él y creo que es prematuro decir qué pasará. Sin embargo, muy probablemente comenzará una realineación tanto de derecha como de izquierda dentro de la arena política. Los grandes perdedores, los conservadores, tendrán que elegir entre dos opciones: dejar el PLD y unirse a los demócratas o bien fungir como una oposición constructiva (algo que creo es mucho pedir para un grupo de políticos que ha gobernado durante casi 54 años de manera arrogante). Por lo que toca a las fuerzas de izquierda, representadas por el Partido Socialdemócrata Japonés y el Partido Comunista Japonés, estos grupos tendrán que decidir entre apoyar al PDJ o deslindarse de él.

Por otro lado, cabe destacar que algunos analistas han equiparado el triunfo de los demócratas con el cambio político que trajo la Regeneración Meiji de 1868. Hablan de un cambio de régimen, mientras que otros han considerado que finalmente Japón ha “consolidado” su sistema democrático. No creo que el triunfo de los demócratas pueda parangonarse con uno de los acontecimientos más importantes de la historia japonesa. Además, es un error pensar que esta alternancia sea el clímax de la “consolidación” de la democracia en el país asiático. Como lo ha demostrado John Dower en su obra *Embracing Defeat*, la “consolidación” de la democracia comenzó en los albores de la posguerra, cuando los japoneses interiorizaron su derrota en la segunda Guerra Mundial y vieron que ése sistema político era la única forma para dirigir las riendas de su país. Pero bueno, veamos qué pasa...

A guisa de conclusión, quisiera decir lo siguiente: independientemente de lo que digan los especialistas, es un hecho innegable que la alternancia fue un suceso trascendental y lo anterior nos obliga a los estudiosos de Japón a emprender un cambio en nuestro análisis de esta nación asiática, menospreciada por nuestras autoridades y cuerpos académicos. Así, para aquellos que se han concentrado en el estudio del PLD y han despreciado la fuerza de la oposición, es necesario renovar el análisis sin olvidar la acumulación del conocimiento sobre esta organización, ya que aunque ha tenido

una disminución significativa, sigue siendo uno de los actores fundamentales de la política japonesa. Para los que se han dedicado al estudio de los demócratas es necesario establecer mejores herramientas analíticas para comprender una realidad tan contemporánea y no caer en los señalamientos anacrónicos. No cabe duda que para cualquier lado, el estudio de la historia será fundamental. ❧